

## AHOQUEMOS A TU MEJOR AMIGA

Francisco Landa Rodríguez

Llegué a casa tan molesto que ni me esforcé por alzar la voz para saludar a la abuela Gladys. Tiré mi mochila contra la pared de mi cuarto. Adiós calculadora. Presionaba tanto mis mandíbulas que sentía que la capa de los dientes se convertía en polvo... ¿Cómo se llamaba? Me pasa por no atender en clase de Biología en el colegio. Es mi culpa. No, no, es culpa de la Miss Aguirre por tener tremenda mancha marrón en la cara. ¿Quién se va a poder concentrar en clase si está Don Quijote con una tiza parado al frente? Don Quijote. De la Mancha.

Había invertido casi el cien por ciento de mi tiempo durante el ciclo estudiando a Silvana, qué le agrada, qué le molesta. "Flores rojas o blancas para la boda, ¿mi amor? Rojas, ¿verdad? ¿Que cómo adiviné? Pasé analizando tus gustos durante todo el segundo ciclo de Estudios Generales en la Universidad, estudié Google Maps para tomar el mismo micro que tú y poder tener esos veintinueve minutos extra de conversación a diario, me compré la agenda Pascualina solo para apuntar tu ciclo menstrual y no bombardearte con preguntas en los días en que no debía, llegar con chocolates, decir que se los regalaron a mi madre en el trabajo y que yo no los quería. Así adiviné, querida".

¿Que cómo llegué a estar tan loco por ella? Por gracia divina se sentó cerca de mí una vez en clase de Literatura. El profesor pidió que formemos parejas de trabajo y mientras yo fingía buscar a mis amigos alzando la cabeza por encima del resto, divisé un lapicero en el suelo.

—Disculpa, ¿esto es tuyo? —le dije, aún sin planes de matrimonio. Volteó. ¡Ay santa virgen de los solteros! La mujer más hermosa que había visto en mi vida.

—¡Sí! Muchas gracias —respondió sonriente. Lo que pasó a continuación, por más que me encantaría, no podría detallarlo. Fue una mezcla de babeo involuntario con un intento de sonrisa, mientras produ-

cía sonidos que, por suerte, entendió.

—¿Tu cri preja migo?

—¡Ah! ¿Que si quiero ser pareja contigo? —adivinó—. Sí, genial, no sabía a quién preguntarle.

Casi no llegamos a terminar la tarea para el final de la clase. Hablamos sobre ella. Es de esas chicas tímidas y reservadas que saben bailar pero que no les urge ir a fiestas, que recién empiezan a ir en micro y les da vergüenza subir si no es paradero, que ayudan a recoger los platos del desayuno sin que sus papás se lo recuerden, que tienen más libros de poesía en su cuarto que amigos en Facebook. Suena perfecta, ¿verdad? También lo pensé, hasta el momento en que un chillido de alta frecuencia acuchilló mi tímpano. Cada pro tiene su contra; cada ying tiene su yang. Ella tenía a su mejor amiga, Camila.

—¡Amiguis! —gritó un ser casi escualido, sobremaquillado, adornado de más y poco agraciado desde la puerta.

Silvana había conocido a Camila durante el último año en el colegio — último año de Silvana, Camila ya había repetido quinto de media dos veces— y gracias a su gran talento y excesiva paciencia, logró que se graduara con un once de promedio, en el último puesto de la promoción. Camila era la menor de tres hermanas y —¡oh, sorpresa!— tenía pocas amigas, pero muchos amigos que casi le duplicaban la edad.

—¿Qué haces hablando con este? Disculpa, papito, pero deja de acosar a mi amiga, ¿ok? ¡She's way out of your league! ¡Ups! Si no entendiste, métete a Open English con los de tu level — chilló.

—No, Camila, disculpa... Diego, ¿verdad? —dijo angelicalmente mientras

sus ojos y los míos pedían a gritos un viaje juntos a las Bahamas—. Diego es un amigo, nos acabamos de conocer, también le gusta...

—Ay, perdona, Dieguis, es que como te vi tan feito pensé que la estabas acosando... Bueno, ¿vamos? —le dijo a Silvana.

¿Acaso cree que nadie se da cuenta de que lo que esconde en su sostén es algo dón?

Todo iba perfecto hasta la semana pasada. Sabía que Camila estaba presionando a Silvana para ir a la discoteca Aura ese viernes, porque su amigo Gian Marcos —24 años— había separado un box y las iba a hacer ingresar gratis. También sabía que Gian Marcos estaba interesado en Silvana, pero tenía la seguridad de que ella iba a notar al instante que sus grandes músculos no compensaban el espacio vacío dentro del cráneo. Pero no fue así. Según mi primo, a quien mandé como espía a cambio de 150 soles, el "fortachón" estuvo sentado junto a Silvana durante toda la noche, tomándola por el cuello con un brazo y hablándole muy de cerca. También dice que "la otra, la flaquita" estuvo recostada al lado, borracha sobre un sillón, y que a las pocas horas tuvieron que sacarla cargada de la discoteca. Yo me negué a creerlo hasta el lunes siguiente, cuando Equeletor me lo confirmó:

—¡Dieguis, no sabes lo que pasó! —gritó desde lejos en un tono preocupante y corrió a abrazarme—. Silvi y yo fuimos a una fiesta el viernes con los amigos de mi hermana en un Audi, ¿ya?, y... yo había tomado, pero solo un poquito, y Silvana también, pero ella no quería, pero yo la convencí, y estábamos en la zona *all included*, entiendes, ¿no?, entonces, claro, ahí se toma puro Black & Blue, pero, o sea, no importa por qué, ¿ya?, pero me tuve que ir temprano y me olvidé de que le habíamos dicho a la tía Yoli que Silvi se quedaba a dormir a mi casa...

Empezó a agitar las manos poco a poco mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Yo estaba tan nervioso que había dejado de sentir el dolor en los oídos.

— ...y, al día siguiente, llama el tío Carlos, tempranito, tempranito a mi casa, muy molesto, pero, así, muy molesto y... dijo que Silvana había llegado... a las seis de la mañana (sollozo)... vestida con nada más que una camisa de hombre que le quedaba, así, súper, súper grande (sollozo) y descalza... iy ahora le han prohibido hablar conmigo! iI just don't know what to do!

Sentí un escalofrío que no permitió que me mueva por unos minutos. Lloró sobre mi chompa por un largo rato. De pronto, y justo antes de que decida irme a casa, preguntó entre sollozos:

—¿Podrás tú ayudarme ahora con mi trabajo final de Introducción a la Investigación? ¿Please? ¿Please? ¿Please?

Di media vuelta y corrí lo más rápido que pude. No me importó haber empujado a Camila. Ni si quiera me interesó saber si se había hecho daño al chocar contra el buzón de anuncios.